

Educación y Ciudadanía: Formar Salesianamente Ciudadanos

*Ponencia del Rector Mayor, Pascual Chávez
En el Seminario "Honestos ciudadanos: Desafíos de la nueva educación", realizado en la
Universidad Católica Silva Henríquez. Septiembre de 2006
Revista de Pastoral "Cosas Buenas" - Nº 4 – Setiembre de 2012*

Muy queridos hermanos y amigos:

Comienzo agradeciendo la invitación que la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez me hizo para intervenir en este día con esta ponencia.

Debo decir que la acepté por la gran amistad que me une con Monseñor Ricardo Ezzati; fue quien más me insistió que, con ocasión de la visita a la Inspectoría de Chile, pudiera dirigir la palabra a un foro de tan alta calidad.

Presento mi tema desde esta perspectiva: naturalmente hablar de la formación ciudadana significa hablar de educación y hablar de educación me lleva a hablar desde la perspectiva típicamente salesiana.

Y comienzo parafraseando una frase del Papa Paulo VI cuando decía que el drama del mundo de hoy es el divorcio que hay entre fe y cultura, y yo digo, el drama de la humanidad es la fractura entre educación y sociedad, que se intensifica en la divergencia siempre creciente entre escuela y ciudadanía.

Empiezo esta intervención parafraseando esta célebre frase de Paulo VI porque me permite plantear de manera apropiada un grave problema de hoy respecto de la educación y plantear una solución adecuada mediante la integración de la educación en la cultura. Mientras la educación no lleve a la transformación de la cultura, no es educación, y de la escuela en la educación a los valores.

Por lo tanto, la escuela no puede traducirse a traspasar conocimientos sino a su tarea más importante que es formar hombres y mujeres, la formación humana y ciudadana. Sólo así la escuela podrá convertirse en promotora y creadora de ciudadanía responsable.

1. Educación y Civilización

Ninguna sociedad puede subsistir sin una forma, por lo menos rudimentaria de educación, gracias a la cual se transmiten, a las jóvenes generaciones, los valores, los conocimientos y la percepción de un destino común.

Y paso a la paideia clásica:

a. La Paideia Clásica

Básicamente, el modelo educativo de las sociedades modernas tiene sus orígenes en la cultura greco-latina y judeo-cristiana. Sea como sea, este modelo escolar ha marcado el Occidente, así como todos los Países que han acogido la modernización económica, política, social y educativa.

En lo positivo, porque ha favorecido la unidad de la familia humana; en lo negativo, porque, sacrificando las culturas propias de los pueblos, se ha confundido la unidad con la uniformidad. En honor de la 'civilización', se sacrifica la inculturación y se impuso la 'transculturación' o traslado hegemónico de una cultura a otra.

El ideal griego de educación proponía un humanismo 'ciudadano', es decir, una manera de vivir en la ciudad a la medida del hombre.

Esta pedagogía original, llamada 'paideia', tenía como alma la formación del hombre integral: cuerpo, alma, imaginación, razón, carácter, espíritu. El joven se desarrollaba mediante la gimnasia, la música, la danza, las matemáticas, la gramática, la lectura, las letras, las ciencias, la retórica, el arte, la filosofía. La familiaridad con los grandes autores ofrecía modelos de coraje, de nobleza, y los jóvenes se iniciaban, de esta manera, a la imitación de los héroes.

Siguiendo a los griegos, los romanos se convirtieron en propagadores de una pedagogía humanista vinculada a la cultura clásica. Cicerón traducía 'paideia' con 'humanitas', el arte de humanizar, deslizando así el objetivo de la educación, centrado no tanto en el acompañamiento cuanto orientado al volverse plenamente hombre.

b. La Pedagogía Cristiana

La difusión del cristianismo en todo el Imperio romano provocó una nueva síntesis cultural - bastaría pensar en Gregorio- en la que los valores clásicos se integraron, enriqueciéndose, con una visión evangélica del mundo y del destino humano.

Estos valores se centran en cierta visión de la persona humana y de su destino trascendente, en un ideal de familia y del bien común, en una concepción del trabajo y de la relación con la naturaleza, en una visión de la economía y de la política, en una idea de su propia nación y de sus relaciones con las demás.

Este es el contexto, y lo quiero reafirmar, en el que nacieron los derechos del hombre, la democracia, la ciencia moderna, el estado representativo, la exploración y la explotación de la tierra, el derecho universal y lo quiero reafirmar cuando hoy se quiere prescindir sistemáticamente del aporte que ha dado el cristianismo a la educación.

c. Hacia un nuevo modelo cultural y educativo

Por una especie de paradoja, ha sido cabalmente el éxito de la educación clásica el que ha llevado a su desorientación, pues esta pedagogía favoreció aquel prodigioso desarrollo de los conocimientos que llevó a la revolución tecnológica y al nacimiento del espíritu moderno.

Hoy, a la educación le cuesta fatiga definirse en una cultura marcada, desde entonces, por el pluralismo de las convicciones y de los comportamientos, por la caducidad y por la rápida sustitución de los conocimientos, por la socialización de los bienes culturales, por la escolarización generalizada y la universidad de masa, por el papel dominante de los medios de comunicación social en la cultura moderna, por el desarrollo del sector cuaternario que privilegia la innovación constante y la investigación.

Nada raro, luego, que las instituciones educativas tradicionales, la escuela o la universidad, estén realmente en crisis frente a un mundo en cambio acelerado, que difícilmente acepta las élites y las jerarquías preestablecidas, y donde existen poderosas corrientes anti-intelectuales que atacan a los poseedores del saber cuyo poder, como se dice, llevaría seguramente a la dominación social, al militarismo y a la destrucción ecológica.

En el estado actual de las reflexiones pedagógicas y filosóficas, vale la pena subrayar algunas orientaciones fundamentales:

Hoy más que nunca es importante **volver a definir nuevamente los objetivos de la educación**. Es una contradicción pedagógica reducir la escuela a un simple medio de reproducción ideológica, a un adoctrinamiento político, a un entrenamiento de tipo militar o, simplemente, a la formación técnica requerida por el sistema económico o entrampe de la escuela para que sea una escuela al servicio del mercado, no de la humanización.

Aún sin negar los objetivos prácticos de la educación, su finalidad más elevada es de orden humanista; colaborar con el joven en el difícil arte de aprender a ser persona exige una firme reivindicación. Hay que perseguir un delicado equilibrio entre la formación personal del estudiante y su información enciclopédica.

La familia, como primer ambiente educativo y los profesores profesionales conservan todo su lugar en la sociedad moderna. Bajo pretexto de una racionalización política, económica, no se puede, sin caer en contradicción, movilizar la escuela para hacer de ella un instrumento de poder, de manipulación económica, de reproducción social, ideológica.

La experiencia demuestra que ningún proyecto educativo puede tener éxito sin la participación de las familias, de los maestros competentes y de las fuerzas vivas de una cultura. En una nación, la política de la educación está llamada, ante todo, a favorecer la igualdad de oportunidades respecto de la instrucción en todos los niveles, poniendo los recursos del Estado al servicio del sistema educativo.

El papel de estimular, de animar y coordinar las tareas educativas corresponde al Estado, pero la misión de educar y de instruir pertenece a la comunidad humana, a las familias, a la escuela, a las universidades, a todas las instituciones culturales que forman el ambiente educativo en sentido propio.

Aunque hay que defender la perspectiva humanista de la educación, hay que reconocer que la escuela del pasado ha podido favorecer, más o menos a sabiendas, un individualismo que poco se preocupaba de los profesores y de los estudiantes frente al cambio social.

Se impone una revisión en las culturas que ahora valorizan la solidaridad y la aspiración de todos al desarrollo y a la justicia. Si la formación humanista de las personas conserva toda su validez, hay que acentuar, mucho más que en el pasado, la función social de la educación.

Uno de los cambios más profundos de nuestra época es la convicción creciente de que las sociedades pueden efectivamente cambiarse por medio de un esfuerzo humano acomunado. Esto requiere de una educación a la responsabilidad social, en sentido cívico y político, entendida en el sentido más amplio de la palabra, es decir, como formadora de constructores de la ciudad.

La capacidad de análisis social y cultural, luego es parte integrante de cada formación humana.

En la sociedad moderna, el pluralismo cultural pone problemas nuevos y difíciles a los responsables de la educación. Una solución de falsa racionalidad induce a ciertos gobiernos a una política educativa que simplemente prescinde de las convicciones religiosas y morales de las familias, relegando estos valores a la esfera de lo privado. Bajo el título de laicidad, se marginan los valores religiosos y morales.

Esto significa olvidar el derecho primario que tienen las familias de transmitir a sus hijos sus propias creencias y heredad espirituales. Una política educativa respetuosa del pluralismo cultural reservará un lugar legítimo a la enseñanza religiosa y a la formación moral. Es ésta una de las concreciones más perfectas de la 'libertad de educación'.

El nacimiento de 'nuevas culturas' es un fenómeno que se ha ido repitiendo a lo largo de la historia, marcando todos los grandes cambios históricos. Una nueva cultura es siempre difícil de interpretar, porque es una realidad 'in fieri', un fenómeno en desarrollo. Pero nuestra época, acaso

más que ninguna otra, ha intentado comprender los estados de ánimo que caracterizan a las generaciones que se van sucediendo.

La expresión 'nuevas culturas' ha sido acuñada precisamente para captar los valores y los contravalores que modelan al espíritu de nuestro tiempo. La novedad de la expresión no indica de por sí la creación de valores absolutamente originales, es más bien una acentuación diferente de las esperanzas, de los anhelos y de las ansiedades o angustias que distinguen a nuestra sociedad de las que la precedieron, pero, al mismo tiempo, el advenimiento de una nueva cultura va acompañado muchas veces por el avance de una contracultura que llega hasta a poner en crisis los valores y las instituciones recibidas hasta ese momento en un grupo.

Un primer vistazo de observación global nos revela una curiosa configuración de tendencias relativamente nuevas y contrastantes, muchas de las cuales se presentan como movimientos de reivindicación: ecologista, pacifista, feminista, importancia del Tercer Mundo, movimientos de liberación, despertar religioso y frente a muchos compromisos generosos, se difunden también actitudes que preocupan: permisividad moral, individualismo dominante, consumismo desenfrenado, difusión de la droga, movimiento 'gay'. etc.

2. La escuela católica como agente de educación

Durante siglos, la escuela se identificó con cierta idea de la civilización reconociendo que desarrollaba un papel civilizador propio. Pues bien, este postulado parece que se derrumbó en la actualidad, pues es una nueva cultura la que ahora se produce y se transmite por medio de poderosos rivales que han invadido el campo de la enseñanza, de la investigación, de la documentación y de la información.

Las escuelas ahora deben descubrir cómo pasar de la competitividad a la cooperación con estos nuevos agentes de producción cultural.

Pensemos, por ejemplo, en los medios de comunicación social, que ya no se reducen simplemente a divertir o a procesar información; proponen modelos culturales. Por lo tanto, se convierten en agencias educativas, en las industrias culturales, los bancos de datos, las comunicaciones vía satélite, las enseñanzas y estudios vinculados a la industria privada y al Estado.

El desafío principal para la escuela será el de definir su papel propio en el esfuerzo de reconciliar el crecimiento económico, técnico y científico con el progreso en humanismo.

Pensemos en un teórico del neoliberalismo como Francis Fukujama y su tesis del fin de la historia. La fría racionalidad del pragmatismo, de la rentabilidad, de la competitividad, no se armoniza fácilmente con la lógica del saber ni con la gratuidad de la solidaridad. Y leo la cita que tengo de Francis Fukujama en un artículo "Occidente puede resquebrajarse". Escribe: "Los ataques terroristas del 11 de septiembre han significado un viraje importante; pero, al final, la modernización y la globalización seguirán siendo los principios que estructuran fundamentalmente la política mundial", o sea, no hay vuelta para atrás.

En la sociedad actual, en la que entran en crisis todas las ideologías y en la que el pragmatismo puro y duro manifiesta toda su dramática insuficiencia y sus efectos desestabilizadores, la educación debe afirmarse como reserva de valores éticos, como lugar generador de motivación, entregada a la búsqueda de sentido, como centro de libre reflexión y de justa socialización, indispensables para la salud de una nación.

Frente a este panorama de desafíos, es natural, por tanto, que la escuela, por lo menos en gran parte del mundo occidental, trate de adaptar planes y programas. Hay que ver desde cuándo la educación está en proceso escondido de cambios educativos y no acabamos por ajustarlo.

Según Hannah Arendt, la educación se coloca “entre el pasado y el futuro”, entre la estabilidad y el cambio, entre la tradición y la innovación. A pesar de eso, me parece que más importante es el cambio global de la escuela, determinado especialmente por la modificación de dos relaciones: la relación que debería haber entre escuela y educación y la relación entre escuela y sociedad; y si pensamos en la escuela confesional, la relación entre escuela y evangelización.

a. Escuela y educación

En años pasados, la familia y la escuela cubrían el transcurso de toda la educación de un joven. No cabía margen para otros influjos educativos o deseducadores. Hoy se presentan otros agentes educativos, a veces con mayor peso que la familia misma o la escuela. Si pensamos que un chico a los once años ha gastado ya más de tres años navegando en Internet, no podremos ya darle el mismo peso a la escuela que a otros agentes educativos.

Los medios de comunicación social que han pasado desde cadenas de información a ser verdaderas redes educativas, creadoras de nueva cultura, con todo lo que esto implica: fuente de modelos, difusión de valores, manera de organizar la vida, de interpretar la realidad, etc.

Por su eficiencia y continuidad, aunque no se presentan con propósitos formalmente educativos, ejercen, sobre una personalidad en formación, un porcentaje considerable de influencia. Y dígase lo mismo de los ambientes del tiempo libre y de los ambientes de socialización. Es éste el primer cambio: la nueva distribución de las instancias educativas.

La escuela y la familia siguen desarrollando un papel importante, pero no son más las únicas que intervienen en el proceso educativo. Ellas deben reconocer que hoy vivimos en un clima de pluralismo de propuestas y que, por lo tanto, deben asumir más que antes la tarea de convertir en influjos convergentes propuestas y estímulos acaso paralelos o divergentes.

De ahí la nueva necesidad que experimenta la escuela de no ser simplemente supermercado de la información, de transmisión de datos, sino que debe dar fuerza al testimonio de los valores y a la elaboración de aquellos valores que aglutinan o sirven de filtro crítico a los múltiples influjos que hoy asedian a todas las personas, especialmente a los jóvenes.

b. Escuela y sociedad

Un segundo cambio se refiere a la relación entre la escuela y la comunidad humana en la que obra. La escuela ya no es propiedad de un grupo de educadores - religiosos y Estado - y las familias no son simples clientes de una empresa educativa a la que confían sus hijos, exigiendo un servicio específico retribuido directamente (escuela particular) o indirectamente (escuela pública).

Hoy en día, la escuela se integra cada vez más en la dinámica de la comunidad civil y ésta participa - debe participar - con responsabilidad en la programación y en la gestión. En algunos lugares, se ha llegado a la gestión comunitaria de la escuela sancionada por la ley.

La relación entre Escuela y Comunidad hoy día está sellada por una realidad llamada ‘participación’ y habría que entrar aquí en todo un discurso de la “Community learn”, una comunidad de aprendizaje, una comunidad que no se reduce sólo a la comunidad educativa, a la comunidad social.

Tanto la sociedad como las familias no se colocan más fuera de la escuela. Hoy día, no se contentan con abastecer alumnos. Ahora reivindican su derecho de participar en la elaboración del proyecto educativo y de las normas que sirven de guía a la educación.

c. Escuela y evangelización

Un tercer elemento de cambio: la relación escuela-Evangelización (o programación escolar-formación cristiana). El cambio apunta sobre todo al tipo de presentación de la formación cristiana: basada no tanto en una exigencia curricular cuanto en una propuesta de vida hecha a los jóvenes que deben asumirla en una atmósfera de libertad y, luego, de libre opción, sin imposiciones exteriores de ninguna clase.

Como lo ha dicho el Papa Benedicto XVI en Ratisbona, la religión no se puede jamás imponer, se puede solamente proponer y tiene que entrar por la puerta del corazón y ésta tiene la llave por dentro, lo que significa que el único que la puede abrir es el educando y, naturalmente, hacerla racional.

3. La propuesta actual de la escuela salesiana

En este proceso de cambio, epocal y coyuntural, es vital que la escuela católica salesiana sepa conservar su Identidad, tomando impulso del genio pedagógico de Don Bosco y enfrentando los desafíos actuales de nuestra sociedad.

El “sistema” educativo de Don Bosco ha sido practicado, verificado y perfeccionado en lo que ha sido definido como el “laboratorio pedagógico” de Turín-Valdocco; luego, indiscutiblemente ‘fechado’, pues era adecuado y apropiado a un mundo que no existe más, el mundo de Don Bosco no es el mundo nuestro; pero siempre actual y vital, mas únicamente si lo actualizamos seriamente.

El sistema preventivo no se actualiza porque estemos repitiendo razón, religión y amor; eso es retórica. Hay que repensarlo, hay que traducirlo, hay que reformularlo; de otra forma, es “radiología” pura.

Don Bosco sintetizó el objetivo de la educación con una frase sencilla y comprensible: llevar al joven a ser “un honrado ciudadano y un buen cristiano”.

Con esta frase, quería expresar la integridad de su ideal: formar constructores de la ciudad y hombres creyentes. De esta manera, se tienen en cuenta todas las dimensiones de la personalidad.

El honrado ciudadano del tercer milenio, el nuestro, desde luego, no es más aquél que entendía Don Bosco, hijo de un tiempo en el que no se concebía una ‘política activa’ si no era algo promovido por una minoría rica y privilegiada, a la que difícilmente pertenecerían los preadolescentes o los adolescentes pobres o de clase media recogidos en sus casas.

Tampoco es el que resulta de análisis y evaluaciones del malestar social que buscan, como Don Bosco, las causas únicamente en las responsabilidades morales y religiosas de los individuos y no en los condicionamientos y determinismos de carácter económico, político o social. Ni tampoco es aquel tipo más bien pasivo que obedece a las leyes, no causa problemas a la justicia, piensa sólo “en sus cosas”.

El paso del absolutismo monárquico al parlamentarismo liberal antes, y más tarde a la democracia, la explosión de la “cuestión social” con el socialismo, el marxismo, el sindicalismo, la doctrina social de la Iglesia, el pedido universal de ciudadanía activa y democrática, etc. han dejado pesadas huellas. Así como el impacto actual por el incesante avance del pluralismo, de la globalización, de las modernas tecnologías informáticas y telemáticas, de la pluriculturalidad difusa.

Hoy no podemos entender el concepto de Honrado Ciudadano como lo entendió Don Bosco; hay que entenderlo con todos los elementos que hoy caracterizan la nueva sociedad. Y dígame lo mismo del buen cristiano. No se puede entender el buen cristiano de hoy como lo entendía Don Bosco; un mínimo de formación religiosa, recepción habitual de los sacramentos, devoción a los santos como modelos e ideales de vida cristiana, lectura exclusiva de “buenos” libros, obediencia absoluta a las legítimas autoridades eclesíásticas dentro de la única y verdadera Iglesia, la católica, una vida de progreso en las virtudes que se concluiría luego felizmente con una muerte virtuosa. Ese era el modelo de Don Bosco; no es el modelo de hoy. Un siglo de reflexión teológica y un Concilio Vaticano II habrían pasado en vano y la multirreligiosidad y multiconfesionalidad del mundo de hoy no dirían nada.

Hay que tomar buena nota de que la conocida fórmula de “honrados ciudadanos y buenos cristianos” hoy en día hay que volverla a fundar en el plano antropológico y teológico; hay que reinterpretarla histórica y políticamente.

Una renovada antropología deberá individuar, entre los valores de la tradición, aquellos que hay que subrayar en la sociedad postmoderna y los valores nuevos que hay que proponer; una renovada reflexión teológica precisará las relaciones entre fe y política, entre las diferentes creencias un renovado análisis histórico-político compondrá educación y política, educación y compromiso social, política y sociedad civil.

a. El ambiente educativo

La educación salesiana presenta un segundo elemento distintivo: es el clima humano o ‘ambiente’ que se respira en la obra salesiana.

En el fondo, ¿de qué cosa se trata? De crear un ecosistema donde la vida pueda florecer y crecer. Nos damos cuenta de su presencia sólo cuando nos detenemos a reflexionar sobre ello. Así puede suceder que, para el niño o el joven, el ambiente sea indefinible a pesar de que ambos lo perciben. Es lo que nosotros acostumbramos a denominar ‘el espíritu de familia’.

El ambiente fue una de las preocupaciones de Don Bosco. En una época de reglamentos, él puso de relieve la espontaneidad y el espacio que había que dejarles. En una época de muchos niveles de autoridad, Don Bosco puso en evidencia la necesidad de la familiaridad y del convivir con el educando, cabalmente porque para él la educación era “cuestión de corazón”.

Era cuestión de corazón, en el sentido de que es solamente por el corazón por donde deben entrar los valores que se proponen, los sentimientos nobles que se comunican, los ideales altos que se quieren ofrecer, una transmisión vital de valores, la creación de un ecosistema en el que se respiraba optimismo y bien, y donde circulaba una serie de valores que iban configurando la personalidad del joven. Qué diferencia entre esto y una pretendida modernización de la escuela por la que el alumno queda delante de una computadora con un sistema absolutamente impersonalizado, ¿dónde está allí la transmisión de valores?, ¿dónde está ese ecosistema que permite efectivamente humanizar?

Nuestro compromiso, decía, es el de hacer de manera que el chico llegue a ser tan amigo nuestro que nos abra el corazón, y así podamos influir en él a partir del mismo centro de su vida. De esta manera, será posible no sólo ofrecerle elementos de tipo instrumental para manejarse en la realidad, sino, más aún, acompañarlo en la elaboración de sus criterios y proyectos de vida. Hoy, este aspecto se vuelve aun más relevante teniendo en cuenta la carencia, en muchos casos, de una experiencia familiar que sea verdaderamente la primera escuela de vida.

El primer quehacer del educador es, pues, el de estar allí y no estar fuera de la cancha donde se juega el partido, el partido de la formación humana. Si es verdad que en el educando hay todas

las disposiciones para realizar su vida plena, también es verdad que, dejado a sí mismo, podría correr el riesgo de no actuar todas o completamente sus posibilidades de crecimiento.

En el educador, el joven de hoy, muy distinto al de Don Bosco, ya no busca tanto al padre que piensa en todo en su lugar, al amigo que le organiza el tiempo libre, al hermano que se interesa por su crecimiento, sino al hombre capaz de ponerse a su lado, más atento a su persona que a las exigencias genéricas de la educación, más disponible a ofrecerle una contribución positiva al desarrollo de sus potencialidades no expresadas que a neutralizar los elementos negativos y contraproducentes.

El educador, hoy, no se considera más poseedor e intérprete único del sistema, para imponer o proponer certezas preconcebidas; se vuelve capaz de interpretar las necesidades juveniles que ellos difícilmente expresan por sí mismos, de acompañarlos en su no fácil búsqueda de respuestas a las preguntas fundamentales de la vida, de respetarlos en su derecho de ser y sentirse protagonistas, de reducir su función predominante para educarse mientras educa, tanto en el fácil terreno de la confrontación como en el difícil, pero igualmente útil, terreno del inevitable choque.

4. Conclusión

“Hoy nuestros problemas no son tan sólo políticos. Son morales (y culturales) y tienen que ver con el sentido de la vida. Hemos dado por descontado que mientras continuase el crecimiento económico podríamos relegar todo lo demás a la esfera de lo privado. Ahora que el crecimiento económico empieza a interrumpirse y que la ecología moral está sin orden, estamos empezando a comprender que nuestra vida en común requiere algo más que una preocupación exclusiva por la acumulación material”. Esta es una cita de Robert Bellah.

Las sociedades actuales tienen un cometido fundamental, improrrogable: ¿quién y cómo preparar a los hombres para ser más humanos?

La preocupación no es nueva: ya Sócrates se maravillaba de que hubiese escuelas que preparaban caballeros, marineros, soldados para el ejercicio de su profesión futura, y, al contrario, no hubiesen escuelas que preparasen a ser hombres.

La educación se realiza en el contexto de un pueblo, a cuyo servicio se pone desde el proceso de humanización del mismo. La escuela debe tener en cuenta la realidad socio-cultural de sus destinatarios y mantenerse abierta a la humanidad total.

Objetivo de la educación en América Latina debe ser el de construir un porvenir humano más digno para todos los jóvenes. Si la educación se limita a alcanzar únicamente objetivos económicos o acumular bienes materiales, a los cuales apunta la actual globalización, traiciona su misma misión. Se impone una profunda reforma moral y cultural si nuestro mundo quiere seguir siendo dueño de su destino común y esta reforma es cometido, si no el primero, seguramente el principal de la educación.

La educación del hombre, en el marco del siglo XXI, se halla amenazada por dos abismos: por un lado los dogmatismos, la militancia y el proselitismo; por otro lado, la tecnificación pura, fría y dura, a la que sigue la desaparición del sentido, el desaliento y la desmoralización. En este cruce nos hallamos en este momento.

El cruce puede desembocar en una ciudadanía más compleja, acogedora de la diversidad y enriquecida por otros horizontes que han cultivado fibras diferentes de lo humano, suscitando una nueva sinfonía de valores y esperanzas.

Pero todo esto requiere de un esfuerzo para redescubrir el común humano, el universal trascendente y la dimensión sagrada de cada rostro. De otra manera, surgirán, primero el choque y luego la voluntad de exclusión. Y yo me pregunto si todo el último malestar surgido en Francia en los barrios populares justamente por este deseo de no integración de la diversidad en un proyecto de país, no es consecuencia efectivamente de este querer ignorar las convicciones religiosas y morales de las personas. Sólo una búsqueda de comunicación, en la aceptación realista de las diferencias, hará de Chile una tierra pacífica y reconciliada.

El nuevo Chile ha recuperado admirablemente voluntad de concordia y defensa de los derechos humanos para todos. Pero estos grandes resultados y conquistas traen consigo problemas, desafíos y responsabilidades nuevas. Hechos pedazos los viejos modelos, abierto el mundo entero a la percepción inmediata de cada individuo, hecha posible la circulación de personas en el mundo, creadas todas las posibilidades de oferta y demanda de un pluralismo ideológico y comercial, surgen múltiples e impensables tareas para la educación.

Cometidos teóricos. Educar en una sociedad sacudida por costumbres e ideas diferentes de aquellas que hasta ahora habían configurado la moral nacional, determinada hoy por un individualismo radical, donde el principio de la seducción sustituye el de la convicción; donde cada sujeto es elevado a absoluto con distancia o indiferencia hacia el prójimo, con la masificación y despersonalización de medios y mensajes; donde el narcisismo y el cinismo mercantiles, por un lado, y la violencia y la falta de solidaridad por el otro, configuran en gran medida la vida pública. El sociólogo Gregory Lipovetsky ha descrito esta sociedad con los títulos: “La era del vacío” y “El crepúsculo del deber” o, como decía con una imagen uno de los grandes teóricos del psicoanálisis moderno, “así como en la costa oriental de los Estados Unidos está la estatua de la Libertad, quizás en la otra costa occidental se debiera crear la Estatua del Deber y de la Responsabilidad”.

Cometidos históricos. Educar en una sociedad cada vez más determinada por el pluralismo ideológico, religioso y cultural, fruto del proceso imparable de globalización. Educar para la justicia y la solidaridad, para la convivencia respetuosa y de colaboración, en la que se unen el respeto necesario a los valores e ideales constitutivos de la comunidad nacional y, al mismo tiempo, la integración de los valores complementarios, propios de las minorías. Educar personalmente cuando la televisión y el internet se han convertido en los primeros agentes educativos y casi ninguna institución tiene la valentía de ir más allá del saber técnico o de la estricta información jurídica para ofrecer valores, sentido y esperanza a aquellos que se abren a la vida e integran la sociedad. Cometidos, luego, de compromiso para con la verdad, de aceptación y comprensión del prójimo, de cultivo de la libertad y del respeto recíproco, puesto que nunca la verdad puede ser propuesta en menoscabo o ejerciendo violencia contra los demás.

Cometidos cívicos. Con objeto de alcanzar una formación integral de la persona en el respeto de los principios democráticos de convivencia y de los derechos y libertad fundamentales, la educación abarcará formación e información, técnica y valores, de manera que forje ante todo hombres, luego ciudadanos y luego profesionales. Estos tres objetivos son sagrados para todas las escuelas, tanto las que pertenecen al Estado como las particulares: humanidad, ciudadanía, profesión. Ninguna escuela, nacional o regional, grupo ideológico o religioso, puede excluir o descuidar el servicio de estos tres órdenes de realidad o someterlos a otros fines.

La educación debe integrar las dos dimensiones de la persona: la particular, originaria y nacional, y la universal, histórica cosmopolita; lo que la naturaleza lleva consigo, pero sobre todo lo que conllevan y requieren de nosotros la cultura, la ética, la religión, lo humano, la amistad entre los hombres, la fraternidad, los fines y derechos humanos. Cometido, pues, de ciudadanía, de fraternidad convergente, de búsqueda de la dignidad humana con la eliminación de los obstáculos -sociales, económicos, religiosos -que las nieguen o las vuelvan imposibles.

Esta complejidad de la nueva situación histórica, la conflictividad escolar que de ello resulta y la inhibición de las instancias previas, desde la familia al estado, frente a ciertas necesidades y exigencias de la educación, han convertido la profesión de los educadores en una de las que más

han sido golpeadas por crisis psicológicas y de desaliento. Los problemas de la escuela son problemas de la familia, de la sociedad, de los gobiernos y de la cultura. La educación es cometido de toda la sociedad y luego la política educativa es mucho más extensa y compleja que la política escolar.

Una personalidad tan significativa en el mundo científico como C. Lévi-Strauss, cercano en su origen a Sartre o Foucault, hoy más en sintonía con R. Aron, P. Ricoeur y E. Lévinas, afirmaba recientemente: "Son los valores de la civilización occidental los que hoy son amenazados". Por cierto, amenazados o descuidados por los occidentales mismos que es el gran argumento del choque de civilizaciones que propugnan los grupos fundamentalistas islámicos: occidente ha entrado en una situación de deterioro y de degradación. Dicen ellos que el problema no está afuera, está adentro.

Estos hechos plantean nuevos desafíos a profesores, educadores y políticos. ¿Cómo educar cuando no hay una cultura antropológica compartida? ¿Cómo canalizar a las generaciones nuevas, ayudándolos a ser hombres y mujeres con gozo, cuando no se tienen ideas claras y puestas en común hacia las metas de la humanidad, a cuya luz poder discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo que dignifica de lo que degrada, en fin , lo humano de lo deshumano? Cultivo y defensa de los derechos humanos, del sentido de ciudadanía, de la dimensión ética, estética y religiosa, realización de proyectos comunes: todo esto es el imperativo moral de nuestro momento histórico. Pero la acción debe ser asistida por la reflexión que investiga las bases antropológicas de la existencia.

La paz se instaura donde hay consenso y acuerdos alcanzados, pero también problemas reales enfrentados, convicciones compartidas e ideales. El hombre, todo hombre, está asentado sobre un fundamento sagrado, que debe descubrir, porque procede de más allá del hombre mismo y lleva más allá: Dios.